

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

CARL LUMHOLTZ Y *EL MÉXICO DESCONOCIDO*

Luis Romo CEDANO*

SUMARIO: I. *El autor y su obra.* II. *El porfiriato descrito en El México Desconocido.* III. *El embate de la nación mexicana contra los indios.* IV. *El valor de El México Desconocido.*

I. EL AUTOR Y SU OBRA

Entre los extranjeros que visitaron nuestro país durante el siglo XIX, Carl Sofus Lumholtz (1851-1922) es un autor bastante singular por tres motivos como mínimo. En primer lugar, por su nacionalidad: no es originario de Estados Unidos, España ni de ninguna gran potencia europea, sino de Noruega. En segundo término, por su currículum, tan brillante como exótico: tras graduarse en la Facultad de Teología de la Universidad de Cristianía (Oslo), sus inclinaciones naturalistas lo conducen a Australia. De los años invertidos ahí —1880 a 1884— pasa uno entre los aborígenes caníbales del norte de Queensland, con quienes descubre su vocación para el estudio de los pueblos primitivos. Luego se enfrasca en las investigaciones sobre nuestro país, que sólo se verán irremediamente frenadas por un acontecimiento fuera de su voluntad: la Revolución de 1910. Entonces hace viajes de estudio por la India y el sureste asiático. Muere a los setenta años de edad añorando visitar Nueva Guinea.

En tercer lugar, Lumholtz se distingue también por el propósito de su presencia en México. Los otros extranjeros del siglo XIX observan a los indios como parte de un paisaje mexicano que recorren por asuntos de negocios, profesión o política. Por el contrario, el noruego viene precisamente a conocer a los indios en su calidad de antropólogo; es de paso como echa una mirada a los demás horizontes del país.

* Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Según cuenta en el prefacio de *Unknown Mexico (El México Desconocido)*, la obra que aquí abordamos, concibió el proyecto de hacer una expedición a México durante una estancia en Londres en 1887.¹ Interesado en los antiguos indios *pueblo* que habían construido edificaciones monumentales en las cuevas del suroeste de Estados Unidos, se hizo esta pregunta: “¿no podría suceder que algunos descendientes de ese pueblo existiesen todavía en la parte N.O. de México, tan poco explorada hasta el presente?”²

Por años realizó un intenso cabildeo en Estados Unidos que le valió el generoso patrocinio de infinidad de millonarios de ese país, así como de la American Geographical Society y del American Museum of Natural History de Nueva York. También gestionó cartas de recomendación del gobierno de Washington, que a su vez le abrieron la puerta para obtener el valioso apoyo político y logístico del presidente mexicano Porfirio Díaz.

Así, acompañado en un principio por una enorme caravana de treinta personas y más de un centenar de bestias, inició sus exploraciones en México en 1890. Pronto su inquietud inicial halló una respuesta negativa: aquí no sobrevivía aquella tradición de los indios *pueblo*. En cambio, Lumholtz se topó y quedó fascinado con los tarahumaras, tepehuanos, nahuas, coras, huicholes, pápagos y tarascos, entre otras etnias indias vivas a las que dedicaría años de intensos y fructíferos estudios.

En total, emprendió por nuestro país seis viajes de investigación entre 1890 y 1910. En los cuatro primeros —de septiembre de 1890 a abril de 1891, el primero; diciembre de 1891 a agosto de 1893, el segundo; marzo de 1894 a marzo de 1897, el tercero, y 1898, el cuarto— recorrió amplias zonas de la Sierra Madre Occidental desde la frontera con Arizona hasta Jalisco, y de Michoacán a la ciudad de México. Sobre estas experiencias

1 Lumholtz, Carl Sofus, *El México Desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*, trad. de Balbino Dávalos, New York, Charles Scribner's Sons, 1904, vol. I, p. IX. El original en inglés de esta obra fue imposible encontrarlo en la ciudad de México durante la elaboración del presente trabajo. La Biblioteca Nacional y las bibliotecas de la Universidad Nacional Autónoma de México estuvieron cerradas debido al paro estudiantil de 1999 en la máxima casa de estudios. En otras bibliotecas, como la de la Universidad Iberoamericana, la del Museo Nacional de Antropología e Historia, la del Instituto Mora, la Benjamín Franklin no está. Finalmente lo encontramos en el catálogo de la Colección Especial de El Colegio de México, pero el volumen II está perdido. A falta, pues, del original completo, preferimos citar la edición mencionada al principio de esta nota, que fue la primera en español.

2 *Idem*.

versa *El México Desconocido*. Sus otros dos viajes lo llevarían de nuevo al occidente del país: Jalisco, Nayarit y Durango en 1905, y Sonora (y Arizona) en 1909 y 1910.

Estas expediciones iniciaron como un ambicioso proyecto multidisciplinario. Según cuenta el autor, cuando por vez primera entró en Sonora había entre sus acompañantes geógrafos, físicos, arqueólogos, botánicos, un zoólogo y un mineralogista. Este equipo fue modificándose con el avance de las exploraciones y acabó por reducirse hasta desaparecer cuando, en Chihuahua, Lumholtz se convenció de que era mejor viajar solo para facilitar la convivencia con los indios.

El resultado bibliográfico de estos esfuerzos fue enorme. En 1904, Lumholtz da cuenta ya de quince trabajos publicados (y otro más en preparación) en inglés, noruego y español, de él y de sus colaboradores.³ Sumados a *El México Desconocido* y a trabajos posteriores del autor basados en estos viajes, el listado llegó a sumar docenas y docenas de títulos.⁴ La gran mayoría de ellos tienen un marcado carácter disciplinario: unos arqueológico, otros antropológico, otros más de ciencias naturales.

En este conjunto, *El México Desconocido* constituye una obra *sui generis* y no sólo por sus extraordinarias dimensiones (mil páginas de la edición original). Lejos de ser un estudio con una temática puntual, sus dos tomos amalgaman con gran fortuna la descripción etnográfica con el relato de viaje al estilo de los exploradores europeos del siglo XIX. Así, junto a una prolija información científica abundan también las anécdotas y los detalles sobre el país.

La obra, desde luego, es uno de los pilares de la antropología mexicana, y en particular es un trabajo insoslayable para el estudio de los pueblos indios visitados por Lumholtz. Pero gracias a la rica serie de noticias que contiene, puede fungir igualmente como fuente historiográfica de las relaciones entre los pueblos indios y el Estado mexicano durante el Porfiriato. Desde esta perspectiva es como intentamos analizarlo en las siguientes páginas.

Lumholtz publicó el original de esta obra en inglés en 1902, con la casa Charles Scribner's Sons de Nueva York. El título completo hacía referencia al tiempo invertido en sus expediciones: *Unknown Mexico. A Record of Five Years of Exploration among the Tribes of the Western Sie-*

3 Cfr. *ibidem*, pp. XVII-XVIII.

4 Cfr. Lumholtz, Carl Sofus, *Montañas, duendes, adivinos...*, en Ramírez Morales, César, (coord.), México, Instituto Nacional Indigenista, 1996, pp. 141-143.

*rra Madre; in the Tierra Caliente of Tepic and Jalisco; and among the Tarascos of Michoacan.*⁵ Este libro tuvo un importante impacto entre el público mexicano, al grado de que el propio Porfirio Díaz auspició una rápida edición en español. Ésta apareció en 1904, gracias a la traducción de Balbino Dávalos, a través de la misma firma editorial neoyorkina.⁶ Posteriormente ha alcanzado cuatro ediciones facsimilares —en 1945, 1960, 1981 y 1994— en formatos más modestos.⁷

Es preciso agregar que un amplio número de autores mexicanos ha escrito ensayos sobre Lumholtz y El México Desconocido,⁸ entre ellos nada menos que Juan Rulfo.⁹

II. EL PORFIRIATO DESCRITO EN *EL MÉXICO DESCONOCIDO*

La sensación general de México que proyecta Lumholtz es la de un país que avanza aceleradamente desde el caos de su pasado hacia el brillante concierto de la civilización. El hecho mismo de sus expediciones es posible —y así lo entiende de manera implícita— gracias a la estabilidad lograda por el gobierno de Porfirio Díaz. En la visión del autor, México es ya, a pesar de sus sombríos antecedentes hispánicos y del desorden político-social de la mayor parte del siglo XIX, un país organizado.

Para la época en que el explorador llegó a México, Díaz había logrado establecer el gobierno más sólido desde la Independencia y le había

5 *Cfr.* Lumholtz, Carl Sofus, *Unknown Mexico. A Record of Five Years...*, New York, Charles Scribner's Sons, 1902.

6 *Cfr.* Lumholtz, Carl Sofus, *El México Desconocido...*, trad. de Balbino Dávalos, New York, Charles Scribner's Sons, 1904.

7 *El México Desconocido...* México, Publicaciones Herrerías (Ediciones culturales), 1945, 2 vols. *El México Desconocido...* México, Editora Nacional (Colección económica, 827 y 828), 1960, 2 vols. [reedición, 1970].

El México Desconocido... México, Instituto Nacional Indigenista (Clásicos de antropología, 11), 1981, 2 vols.

El México Desconocido..., Chihuahua, Programa Editorial del Ayuntamiento de Chihuahua, 1994. Es difícil saber si se publicaron los dos volúmenes. Conseguimos el volumen I a través de un pariente que nos hizo favor de comprarlo en una librería de Chihuahua. Sin embargo, el volumen II no lo encontramos por ninguna parte. A través de una pesquisa telefónica dimos con el profesor Rubén Beltrán Acosta, cronista de aquella ciudad, quien ignora si se publicó o no dicho volumen. Dado que sólo el volumen I describe el estado de Chihuahua y considerando los intereses políticos de la administración municipal que publicó la obra (en 1994 el presidente municipal era el priísta Patricio Martínez, actual gobernador de la entidad), creemos que en esta edición no se publicó el volumen II.

8 Un listado sobre estas obras aparece en Lumholtz, Carl Sofus, *Montañas, duendes...*, p. 143.

9 *Cfr.* Rulfo, Juan, "El México desconocido de Carl Lumholtz", *México Indígena*, México, número extraordinario, 1986, núm. 67.

otorgado una estructura bien articulada entre sus distintos niveles jerárquicos. Lumholtz gozó en todos sus recorridos de la protección gubernamental prometida por Díaz. Las cartas de recomendación del presidente o de los gobernadores casi siempre surtían efecto entre los presidentes municipales o los jueces de las localidades más remotas.¹⁰ Y a manera de ejemplo de la dedicación y eficiencia de la administración, Lumholtz observó en el pueblo huichol de San Andrés cómo un funcionario enviado por el jefe político de Mezquitic, Jalisco, trabajó pacientemente durante diez días para llevar a cabo el censo de 1895 entre los indios de la zona.¹¹

Esta diligente estructura política iba aparejada con una relativa paz, de acuerdo a este autor. La guerra apache estaba ya casi del todo extinta en los años noventa del siglo XIX, y Lumholtz no encontró a estos feroces indios en ningún rincón del norte, a pesar de que había rastros de ellos en una enorme zona.¹² Igualmente, la lucha de Manuel Lozada se había convertido en un lejano recuerdo en el distrito de Tepic. Sólo en algunas partes de Chihuahua, donde a la sazón (1891-1892) se verificaba la sangrienta revuelta de Tomóchic,¹³ el autor detectó partidas de maleantes y “revolucionarios”,¹⁴ aunque no habló de la lucha.¹⁵ Pero en otros estados el bandolerismo era mínimo. Lumholtz nunca fue asaltado o robado. Cuenta que en el camino de Guadalajara a Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán), Jalisco, solían merodear en el pasado los ladrones de diligencias y que incluso entre ellos había funcionarios judiciales.¹⁶ Pero concluye estas reflexiones con frases que parecen envueltas en un suspiro de alivio:

cuando se piensa en la inseguridad de la vida y de la propiedad que prevaleció en México hasta bien entrada la segunda mitad del siglo, nunca será excesivo el crédito de la presente administración por haber elevado la República, en este como en otros respecto, al nivel de las naciones civilizadas.¹⁷

10 Cfr. Lumholtz, Carl Sofus, *El México Desconocido...*, trad. de Balbino Dávalos, New York, Charles Scribner's Sons, 1904, vol. I, pp. 133 y 417, y vol. II, p. 53.

11 Cfr. *ibidem*, vol. II, p. 97.

12 Véase *infra*: III, 4.

13 Cfr. Illades Aguiar, Lilian, *Disidencia y Sedición en la Región Serrana Chihuahuense: Tomóchic 1892*, tesis de doctorado, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, y Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998, pp. 348-349 y 624.

14 Cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, pp. 3, 99, 132 y 369.

15 Véase *infra*: IV.

16 Cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. II, pp. 318-319.

17 *Ibidem*, vol. II, p. 319.

Mucho más evidentes eran los signos de progreso material. El ferrocarril se extendía ya por todos los estados que visitó el explorador. A escasos diez años de que se concluyeran los trabajos del Ferrocarril Central en el estado de Chihuahua, los tarahumaras, que habitaban a centenares de kilómetros de las vías, sabían de su existencia.¹⁸ Las minas eran trabajadas intensamente, con frecuencia gracias a la inversión extranjera. En Batopilas, Chihuahua, Lumholtz fue recibido “cordialmente” por el dueño de la explotación de plata, el estadounidense A. R. Shepherd.¹⁹ En todo el territorio, el campo era sembrado y había labores en las abundantes fincas y haciendas.

Con todo, las narraciones de nuestro autor dan la señal de alarma en dos asuntos sobre los que existían graves rezagos legislativos. Uno de ellos se refería a la riqueza arqueológica. Lumholtz desenterró y compró alegremente infinidad de vasijas, figurillas y esculturas antiguas, además de restos humanos, a todo lo largo de su ruta. Especialmente cuantioso fue el tesoro que se llevó de la zona arqueológica de Casas Grandes, Chihuahua, hoy conocida como Paquimé. Pero tenía una gran justificación: “la ley que prohíbe las excavaciones sin permiso especial del Gobierno de México, aún no se promulgaba por entonces”.²⁰

El otro notorio hueco legal era el que se abría sobre las tierras de los indios. Por todas partes, éstos se encontraban en vías de perder sus tierras ancestrales. Resulta difícil precisar con base en esta obra cuál era la situación jurídica que propiciaba tales despojos, puesto que el autor omite las explicaciones legales sobre el tema. Sin embargo, para nosotros es claro que tienen que ver las distintas legislaciones promulgadas a todo lo largo del siglo XIX y aun desde antes, que habían limitado o proscrito la tenencia comunal de las tierras indias. Ya desde las reformas borbónicas se había desatado la controversia sobre este tipo de tenencia territorial,²¹ y los últimos regímenes españoles habían establecido leyes para privatizar las tierras comunales de los pueblos indios y de las misiones.²² Más adelante, durante el período independiente, distintas legislaciones nacionales y estatales dieron renovado impulso a esta tendencia. Hay que hacer notar en

18 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 328.

19 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 178.

20 *Ibidem*, vol. I, p. XIII. Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 221, nota 170.

21 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 412

22 Cfr. *ibidem*, pp. 413-416.

referencia a las zonas visitadas por Lumholtz que, desde los comienzos del federalismo, “varios congresos estatales aprobaron leyes que abolían el derecho de los pueblos a poseer tierras: Chihuahua, Jalisco y Zacatecas, en 1825; Chiapas y Veracruz, en 1826; Puebla, Estado de Occidente y Michoacán, en 1828”.²³ Más adelante vino el golpe definitivo con la Ley Lerdo, de carácter federal, en 1856.

Ciertamente las legislaciones por sí mismas no bastaron para producir los despojos. Ellas eran simplemente una condición indispensable; el complemento activo de la fórmula radicaba más bien en la ambición de quienes buscaban hacerlas efectivas. Pero también es necesario tomar en cuenta que “el grado de incumplimiento de la legislación constitucional española y de los posteriores mandatos federales y estatales en relación con la abolición de la propiedad comunal alcanzó niveles elevados, si bien varió sensiblemente de uno a otro espacio geográfico”.²⁴ No fue fácil concretar esta privatización, además de que se trató de un proceso de décadas. Es pertinente recordar esto para entender las anotaciones del no-ruego, quien da cuenta de un espectáculo multiforme con diferentes situaciones de despojo territorial, incluidos algunos raros casos de indios exitosos en la defensa de su propiedad comunal.²⁵

Un elemento interesante de este asunto es también el referente a los agentes involucrados en los pleitos y despojos de tierras. Como se sabe, los responsables en todo el país fueron muy variados: grandes hacendados, pequeños propietarios independientes, pueblos indios o mestizos colindantes, funcionarios medianos que lucraban con su posición de poder, etcétera.²⁶ Las notas de Lumholtz confirman lo anterior. Si bien la mayoría de las veces el autor acusa a mestizos anónimos, también habla de pleitos de linderos entre los propios indios,²⁷ y en algunas ocasiones —como en el caso de Zapotlán el Grande²⁸— el autor señala como culpables del despojo a hacendados “blancos”. Eso sí, muy lejos de su campo visual político quedaron las compañías deslindadoras, beneficiarias directas del proceso liberal de desamortización. Aunque claramente en la segunda mitad del siglo XIX tuvieron un papel protagónico en el reacomodo de la pro-

23 *Ibidem*, p. 417.

24 *Ibidem*, p. 418.

25 Véase *infra*: III, 2.

26 *Cfr.* Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 395-396.

27 Véase *infra*: III, 6.

28 *Cfr.* Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. II, pp. 320 y 323.

piedad territorial en infinidad de lugares, como Chihuahua²⁹ y el área huichola,³⁰ Lumholtz no las toma en cuenta.

Un problema adicional, sobre el que volveremos más adelante,³¹ hacía aún más pesada para los indios la defensa de su tierra comunal: las dificultades de los litigios. Estos inconvenientes, que potenciaban el daño de la legislación, sí los percibió Lumholtz.³² No había forma imaginable de cumplir con todo lo que implicaba un pleito legal: la lejanía de los tribunales, los procesos en una lengua extraña, los trámites de años, los costos de los viajes, el papeleo... todo era algo fuera del alcance de los indios.

Grave y ubicuo como era el problema de la tenencia de las tierras entre los indios, no parecía generarle oposición política a Porfirio Díaz. Por el contrario —y también lo veremos más adelante³³— la autoridad gozaba de gran prestigio según los apuntes de Lumholtz.

Esta obra finalmente da testimonio de que, como sabemos, el gobierno de Díaz gozó, al menos por un tiempo, de un resplandor y una fortaleza que por mucho rebasaron a los de todos los gobiernos mexicanos anteriores durante aquel siglo. Pero también describe, como lo vemos en el siguiente capítulo, un país profundamente dividido en el nivel étnico.

III. EL EMBATE DE LA NACIÓN MEXICANA CONTRA LOS INDIOS

1. *Los indios... y los demás*

El México Desconocido plantea que la construcción del proyecto mexicano de nación a finales del siglo XIX se realizaba, en gran medida, a expensas de la integridad de los pueblos indios, de forma tal que colocaba a uno y a otros en posición antagónica. No siempre fue así, ni siempre subraya Lumholtz esta situación al referirse a las relaciones de los indios con el resto del país, pero en definitiva es una de las principales conclusiones que se desprenden de la lectura de este libro.

La validez de esta conclusión proviene de su doble origen en el texto. Ciertamente es una tesis implícita en la apreciación subjetiva del autor, pero también está presente en una larga serie de anécdotas, datos, obser-

29 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 481.

30 Cfr. *ibidem*, pp. 453 y 485.

31 Véase *infra*: III, 5.

32 Cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, pp. 217-218 y 461-462, y vol. II, pp. 53-54.

33 Véase *infra*: III, 5.

vaciones; en suma, en información concreta que, más allá de los criterios del autor, la avalan.

Había en la última década del siglo XIX un embate contra los pueblos indios. Embate y no confrontación, puesto que llevaba una dirección fundamental: del México no indio —o no exclusivamente indio— hacia los indios. De algún modo provenía esta presión avasalladora de la corriente principal de la vida mexicana: de las estructuras sociales, económicas y políticas dominantes en el México de la época. No obstante, resulta complicado ubicar su origen según la obra. Lumholtz, como etnógrafo, parte de su búsqueda de la identidad india, que cuanto más pura, es mejor. Frente al indio está ese nebuloso proyecto de nación que propiamente resulta todo lo demás. Los que no son indios son llamados indistintamente *la civilización*, *los vecinos* (según la expresión favorita de los propios indios del Occidente), *los mexicanos*, *los mestizos* o *los blancos*. La facilidad con la que el autor usa uno u otro de estos términos indica que la propia nacionalidad mexicana no es un concepto del todo claro; al menos, el hecho de usar indiscriminadamente los términos de *mestizos* y *blancos* remite a una indefinición racial de lo mexicano. Pero la clara división por la que los indios quedan fuera de ese proyecto es el primer signo del embate del que hablamos.

Este embate era sobre todo de carácter social, al menos para los indios, en el sentido de que su principal efecto era la modificación sustancial —cuando no la desaparición completa— de sus organizaciones como pueblos. La gran ofensiva de *los mexicanos*, pese a su heterogeneidad, apuntaba a una meta que la historia reciente ha ratificado: la victoria, no definitiva ni total, pero sí amplia y duradera, del proyecto nacional —esto es, de un modo particular de vida económica, política, social, etcétera— sobre la existencia de los pueblos indios como tales.

Hay que admitir que en la relación de los indios con el resto del país también había ciertos elementos de cordialidad y que tales elementos están a veces anotados en la relación del noruego. Sin embargo, la sensación de hostilidad es el *tempo* predominante, según la obra. ¿En qué términos se daba esta lucha? Eso es lo que procuramos responder en los próximos incisos.

2. La ofensiva de los mestizos sobre los indios

Una condición previa a lo que llamamos ofensiva, es la extensa ignorancia que había entre los mestizos sobre los indios. En Guachóchic,

Chihuahua, Lumholtz conversó con el “hombre principal” del poblado, un mestizo llamado don Miguel. Cuenta respecto a esa entrevista lo siguiente:

pudo darme también algunos informes generales sobre los indios; pero no sólo allí, sino en muchas otras partes de México, á menudo me dejaba estupefacto la ignorancia de los agricultores mexicanos acerca de los indios que vivían a sus puertas. Salvo ciertos especialistas distinguidos, aun los mexicanos inteligentes saben muy poco de las costumbres, y mucho menos de las creencias de los aborígenes. En lo que mira á los [tarahumaras] paganos de las barrancas, no pude adquirir más noticia que la certidumbre del general desprecio que se les tiene por salvajes, bravos y broncos.³⁴

Sobre esa base no era difícil que los mestizos abusaran de los indios. Un primer tipo de abusos consistía en los engaños perpetrados por los comerciantes que se internaban en las sierras. Entre los tarahumaras de la sierra de Chihuahua, los mercaderes bilingües, llamados *lenguaraces*, solían embaucar a los indios canjeándoles ovejas y ganado por baratijas o mezcal.³⁵ También vendían a precio elevado supuestos polvos mágicos.³⁶ Pero igualmente eran comunes los engaños más descarados.

A veces, los *lenguaraces* vendían a crédito o prestaban sumas pequeñas de dinero. Como los indios no tenían una medida clara de los plazos, incumplían en los vencimientos y el mercader se cobraba en especie —generalmente animales— lo que se le venía en gana.³⁷ Otras transacciones eran aún peores:

una vez compró un mexicano á un indio, á crédito, una oveja, y después de matarla, la pagó con la cabeza, las tripas y la piel. Otro la hizo mejor. Pagó su borrego en la misma moneda, y “habló tan bien” que el indio se contentó con quedar debiéndole todavía, como resultado final de la transacción. Otro mexicano indujo a un indio a que le vendiera once reses que era casi todo el ganado que poseía. Convínose que el mexicano pagaría dos vacas por cada buey, pero como no llevaba vacas, dejó en prenda su caballo ensillado, y el indio sigue aguardando las vacas. Cuando le expresé mi sorpresa por la facilidad con que había sido engañado contestó que el mexicano ¡“hablaba tan bien!” Les halaga tanto oír su lengua en boca de un blanco,

34 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, p. 196.

35 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp.180-181.

36 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 281.

37 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 404.

que desatienden toda precaución y quedan completamente á merced de los bribones que se aprovechan de tanta debilidad.³⁸

Los casos anteriores, de la zona tarahumara, eran comparables a los de otras regiones indias. En todas partes, astutos mestizos timaban a los indios en el juego y los despojaban de su dinero, animales o tierras, si bien con mayor frecuencia recurrían al poder embrutecedor del alcohol.³⁹ Cuenta Lumholtz, como testigo presencial, que al tercer día de la fiesta del jículi,⁴⁰ en Rancho Hediondo, en el área huichola de Jalisco, cuando todos los indios ya estaban en plena borrachera, “algunos [mexicanos] llegaron de Bolaños, Jalisco, con un barril de sotol é hicieron un magnífico negocio... [A los indios] los derribó el aguardiente con tal prisa que no pudieron terminar la fiesta debidamente”.⁴¹

Aparte estaban los maleantes de oficio, como el ladrón Pedro Chaparro, del poblado serrano de Calavera, Chihuahua, quien “no limitaba sus fechorías á los mexicanos, sino que las practicaba con los indios mismos siempre que había oportunidad para hacerlo”.⁴² Y junto a ellos había aventureros que armaban broncas o violaban mujeres en medio de las festividades de los indios.⁴³

La sostenida rapiña mestiza tenía como resultado adicional la corrupción de las costumbres indias. El autor acota, por ejemplo, que las autoridades indias aprendían el sistema de sobornos de los mestizos⁴⁴ y que no faltaban indios que se coludían con los blancos para cometer latrocinios.⁴⁵

Los casos de tierras usurpadas por los mexicanos eran igualmente numerosos. Lumholtz señala que los “vecinos” se habían apropiado de gran parte de las tierras de los tarahumaras en Temosachic⁴⁶ y Guachóchic.⁴⁷ A los tepehuanos no les iba mejor.⁴⁸ “Los tepehuanes de los alrededores de

38 *Ibidem*, vol. I, p. 405.

39 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 406 y 412.

40 En esta fiesta, los indios —sobre todo coras y huicholes— ingerían jículi, es decir, peyote, el cacto sagrado, que por sus propiedades alucinógenas y estimulantes los sumía en una especie de orgía mística.

41 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. II, p. 276. *Cfr.* Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 116-118.

42 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, p. 132.

43 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 405.

44 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 247.

45 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 252.

46 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 119.

47 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 195.

48 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 412.

Baborigame (Chihuahua) arriendan ahora frecuentemente sus tierras á los mexicanos por varios años, pero rara vez las recobran, porque los ‘vecinos’ cuentan con la poderosa colaboración del mezcal”.⁴⁹ Y más al sur también había presiones sobre los predios y pueblos de los huicholes⁵⁰ y de los tarascos.⁵¹

Sin embargo, en cuestiones de tierras no todo era pérdida para los indios. El autor indica que la organización tradicional de tierras comunales persistía, al menos entre los huicholes.⁵² También destaca que en general los indios “hasta el presente, han resistido tenazmente á todo esfuerzo del gobierno mexicano” por dividirles las tierras.⁵³

En ciertos lugares, grandes terrenos seguían en posesión de los indios, por ejemplo, en Bocoyna, Chihuahua.⁵⁴ En Mesa del Nayar, Nayarit, una veintena de mexicanos pobres sin casa propia arrendaban tierras de los coras,⁵⁵ y sobre el poblado de San Francisco, Nayarit, el noruego comenta entusiasmado: “tuve allí la complacencia de ver á mexicanos pobres de otras regiones del país, trabajando en los campos de los coras, que les pagaban el acostumbrado jornal de veinticinco centavos”;⁵⁶ aunque aclara que ese espectáculo fue el primero y último que vio en todo México...

Al despojo se sumaban a veces las agresiones físicas. Los coras del citado pueblo de Mesa del Nayar, escribe, “hará apenas unos cuarenta años, eran conducidos á la iglesia sólo a fuerza de latigazos”.⁵⁷

En derredor de todo esto se cernía toda una cultura mestiza de profundo desprecio hacia los indios. En varias ocasiones, Lumholtz explica que los indios ocultaban sus creencias religiosas paganas por temor a que los mexicanos los ridiculizaran.⁵⁸ Los arrieros mestizos que acompañaban al autor en San Francisco, Nayarit, consideraban a los huicholes “malos y asesinos”.⁵⁹

En la ciudad de Tepic, de acuerdo con Lumholtz, había un reglamento muy sugerente: por motivos de “decencia” —decencia a la mestiza, desde

49 *Ibidem*, vol. I, p. 420.

50 *Cfr. ibidem*, vol. II, pp. 111, 151-152 y 179.

51 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 353.

52 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 261.

53 *Ibidem*, vol. II, p. 251.

54 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 134.

55 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 490.

56 *Ibidem*, vol. I, p. 496.

57 *Ibidem*, vol. I, p. 490.

58 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 414, y vol. II, p. 123.

59 *Ibidem*, vol. I, p. 515.

luego— era obligatorio el uso del pantalón, prenda por lo general jamás usada por indios o jornaleros pobres. Un gesto de benevolencia mitigaba la dureza de esta ley: una vez que entraban al poblado, los indios tenían un día de plazo para comprar o alquilar pantalones, como los mestizos.⁶⁰

Quizá el ejemplo más pintoresco de este desprecio lo da la anécdota sobre la entrevista del autor con el hombre más rico del pueblo de Tonáchic, Chihuahua, un mexicano: “habiéndole yo dicho que me simpatizaban los tarahumares, me contestó: ‘pues lléveselos a todos, uno por uno’. Lo único que le interesaba de los indios eran sus tierras, de las cuales se había apropiado ya una buena porción”.⁶¹

3. *La reacción de los indios*

La primera respuesta de los indios al acoso de los mexicanos era la desconfianza. Siempre que Lumholtz establecía los primeros contactos con las distintas etnias “los nativos me hacían persistente oposición”, cuenta en el prefacio, “son muy desconfiados de los blancos, lo que no es extraño, pues poco les han dejado que perder”.⁶²

En San Sebastián, Jalisco, los huicholes “miran con desconfianza á los blancos y nunca les permiten que duren allí mucho”.⁶³ En Capácuaro, Lumholtz se vio en el más peligroso trance de su viaje, cuando los tarascos del lugar, armados de escopetas, le prohibieron tomar fotografías y lo expulsaron. Como cortesía mínima iban a permitirle pasar la noche en el pueblo, dado que ya era tarde, pero las mujeres, todavía más desconfiadas, “no consintieron en esto”.⁶⁴

Hasta Ángel, un indio mexicano de Jalisco que resultó uno de sus guías más fieles, recelaba de Lumholtz. A pesar de la buena relación que tenían, Ángel le decía: “supongo que algún día, con ayuda de todo lo que se lleva, se apoderará de los pueblos y caminos de nuestra tierra. Usted ha tomado notas de todo, me parece a mí”.⁶⁵

Contrasta esta actitud con la del resto de los mexicanos. En los pueblos mestizo-criollos de Sonora, por ejemplo, siempre se le hacía “un

60 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 286.

61 *Ibidem*, vol. I, p. 227.

62 *Ibidem*, vol. I, p. XV.

63 *Ibidem*, vol. II, p. 259.

64 *Ibidem*, vol. II, pp. 424-427.

65 *Ibidem*, vol. II, p. 454.

cordial recibimiento”,⁶⁶ cosa que jamás le ocurrió en ningún poblado indio de la República entera.

El temor de los indios se combinaba con un sentimiento de desprecio hacia los mestizos, espejo fiel del desprecio de éstos hacia aquellos. La barba, característica genética de los blancos y no de los indios, les resultaba repugnante. Describe el autor las ideas de los tarahumaras sobre el particular:

es raro que les salga barba, y si alguna les aparece, se la arrancan. Siempre representan al diablo con barba, y llaman irrisoriamente á los mexicanos *shabótshi*, “los barbones.” pesar de que les gusta mucho el tabaco, no quiso aceptar un indio el que yo le daba, temiendo que al recibirlo de un blanco le fuera á salir barba.⁶⁷

Los indios detestaban parecerse a los mexicanos. Entre los coras, por ejemplo, había algunos que tenían barba; sin embargo, “todos insisten en que no se han mezclado con los mexicanos”.⁶⁸ Resulta cómica y significativa la treta que empleó Lumholtz para tomar una fotografía de los coras de Mesa del Nayar:

así pues, cuando algunos de los principales consintieron en dejarse fotografiar, les pedí, con el propósito de obtener imágenes directas de su físico, que se quitasen la camisa, á lo cual se negaron; pero hicieronlo inmediatamente que les dije que con ellas parecerían “vecinos”.⁶⁹

En Zapotlán el Grande (Ciudad Guzmán), Jalisco, los indios, aunque ya mexicanizados, llamaban “coyotes” a los hacendados.⁷⁰

El desprecio hacia los mexicanos se expresaba también con imágenes y buenas razones. En Guachóchic, los tarahumaras “atribuyen los malos tiempos á la presencia de los blancos que los han privado de sus tierras y de su libertad, y creen que los dioses, irritados contra los blancos, se niegan á enviar la lluvia”.⁷¹ En otras partes, los mismos indios atribuían el

66 *Ibidem*, vol. I, p. 13.

67 *Ibidem*, vol. I, pp. 232-233.

68 *Ibidem*, vol. I, p. 479.

69 *Ibidem*, vol. I, p. 486.

70 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 323, y Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 67.

71 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, p. 198. *Cfr.* Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 76.

fenómeno a que “las locomotoras de los americanos están echando tanto humo que Tata Dios se ha enojado”.⁷² Pero quizá el caso más ilustrativo sea la leyenda cora sobre su dios principal, Chulavete, la Estrella de la Mañana (Venus). Esta leyenda narraba que los “vecinos” le habían tomado afición a Chulavete, un pobre indio, y comenzaron a invitarlo a comer. Él asistía a los convites vestido elegantemente como mestizo. Cuando intentó ir con su vestimenta india, los “vecinos” lo desconocieron y lo insultaron diciéndole “indio puerco”. Al día siguiente regresó con apariencia de vecino (incluida la barba), y fue admitido; pero en la mesa, ante el susto de sus hipócritas anfitriones, desmenuzó el pan sobre su ropa y vertió en ella toda la comida. Indignado, Chulavete explicó que hacía eso porque era el vestido lo que ellos apreciaban en él, pero que como indio lo humillaban. Y dejándolos plantados se fue de la casa.⁷³

Al margen de la reacción en el plano simbólico, los indios practicaban una especie de *apartheid* en el estricto sentido sudafricano del término hasta donde sus medios se los permitían. Cuando podían, impedían o limitaban el acceso de los forasteros a sus pueblos: en Pueblo Viejo, Durango, por ejemplo, los nahuas toleraban la presencia de los tepehuanos que llegaban huyendo del avance de los blancos, e incluso les permitían mezclarse con ellos, pero a los mestizos no los dejaban vivir en los confines del pueblo.⁷⁴ Cuando no había forma de evitarlo, eran los indios lo que se alejaban, como los tarahumaras de la región de la Barranca del Cobre: “muchas cuevas, hasta donde recuerdan los habitantes de las cercañas, han estado permanentemente abandonadas, debido a la ocupación de las tierras por los mexicanos, pues los indios no gustan vivir cerca de los blancos”.⁷⁵

Más aún, era frecuente el rechazo a los matrimonios interétnicos. En los territorios de predominio indio, Lumholtz casi no reporta la presencia de familias mezcladas. Sobre los tarahumaras de Nonoava, Chihuahua, el autor comenta:

las mujeres de allí se resisten á unirse con hombres de otra raza, y hasta hace muy poco no se quería a los niños que resultaban de color más claro. Madres ha habido en este particular que unten de grasa á sus hijos y los

72 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, p. 328.

73 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 498-499.

74 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 460-461.

75 *Ibidem*, vol. I, p. 166.

pongan al sol para que se les oscurezca la piel. En opinión general de la tribu, los cruzamientos de castas producen gente mala que “algún día se peleará en las fiestas.” Se refieren casos en que las mujeres hayan dejado en los bosques, para que perezcan, á sus hijos mestizos, y á menudo los dan en adopción á los mexicanos. En los distritos exteriores, sin embargo, se han mexicanizado mucho los indios, y tienen frecuentemente alianzas con los blancos.⁷⁶

Por otra parte, los indios no se encontraban indefensos ante las agresiones de “la civilización”. Sus sistemas tradicionales de organización los proveían de mecanismos de justicia relativamente eficientes. Es muy pintoresca la descripción que Lumholtz ofrece de un juicio llevado a cabo por los tarahumaras de Cusárare, para resolver un adulterio.⁷⁷ El veredicto de los jueces y unos cuantos azotes bastaron para reintegrar al marido fugado a su vieja familia y encontrarle acomodo a la mujer adúltera. Y en ocasiones, lo que funcionaba bien entre los indios también era eficaz con los mestizos.

El autor informa de que, haciéndose justicia por su propia mano, los indios mataron a Teodoro Palma, un bandido chihuahuense.⁷⁸ “Si los rumores que corrían acerca de él eran fundados, merecía ciertamente esa suerte”, expresa.⁷⁹ A veces, los tarahumaras lograban capturar a aventureros que irrumpían en sus fiestas; los llevaban a las autoridades y los obligaban a pagar los gastos de otra fiesta más.⁸⁰

Entre los tepehuanes de Lajas, Durango, la estructura de autoridad india era en extremo rigurosa.⁸¹ Controlaba con mano dura los matrimonios y los asuntos amorosos, vigilaba con celo la presencia de forasteros y rápidamente castigaba cualquier intento de robo o asesinato. Una anécdota sobre el robo de tres reses del escribano local dibuja muy bien cómo se impartía justicia en el lugar:

cogieron á dos tepehuanes acompañados de un “vecino,” que era el cómplice que los había inducido á cometer el delito. El blanco recibió, al punto como hubo llegado al pueblo, veinticinco azotes, y fue sometido por dos horas á la torturadora agonía de tener al mismo tiempo, metidos en el cepo,

76 *Ibidem*, vol. I, p. 407.

77 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 137-141.

78 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 402.

79 *Ibidem*, vol. I, p. 403.

80 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 405.

81 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 451-453.

la cabeza y los pies. Al otro día le aplicaron diez azotes; al siguiente, cinco, y ocho días más tarde lo llevaron á Durango. En cuanto á los dos indios sus cómplices, que eran padre é hijo, fueron asímismo puestos en cepos, y estuvieron dos semanas recibiendo, cada cual, cuatro azotes diarios y muy escaso alimento, además de lo cual los privaron de sus cobijas.⁸²

Con los huicholes, la cosa no era muy distinta. En el pueblo de San Andrés Coamiata, Nayarit, Lumholtz atestiguó el siguiente episodio:

la monotonía de las aguas fue interrumpida un día por la captura de dos “vecinos” que habían ensanchado sus ranchos á costa del territorio huichol. Las autoridades nativas les ordenaron que devolviesen la tierra usurpada, y como los cautivos se negaron á hacerlo, al punto se les puso presos, dejándolos varios días sin recibir, oficialmente, ningún alimento, pues en opinión de los indios, no constituye la cautividad un castigo, si no va acompañado del hambre. Los indios pueden resistir á grandes privaciones, habiendo habido casos en que á tal grado se les hayan reducido las fuerzas, que al ponerlos en libertad, sólo pueden caminar á gatas. Los dos mexicanos de cuya aprehensión hablo, se salvaron de morir de inanición por la bondad de Don Zeferino [un escribano y maestro mestizo que vivía en San Andrés], que les mandaba algo de comer; pero las exigencias del estómago vencieron al fin su resistencia y acabaron por prometer que se retirarían del rancho dejando en garantía una mula valuada en diez y ocho pesos. No deja de ser satisfactorio el que los indios logren alguna vez, por excepción, imponerse á sus “vecinos”.⁸³

Finalmente, existía para los indios el recurso de la violencia social como defensa ante el embate mexicano. El relato no menciona caso alguno, pero por indicios se desprende que no era un mecanismo raro. Por ejemplo, al salir de San Francisco, Nayarit, Lumholtz recibió a un mensajero de las autoridades gubernamentales de Jesús María advirtiéndole de un levantamiento huichol.⁸⁴ Sus arrieros mestizos, al oír semejante cosa, se negaron a ensillar y le propusieron regresar. La advertencia al final de cuentas resultó sin fundamento, pero llama la atención la credibilidad que una noticia como ésa podía tener. Igualmente, el autor menciona un cona-

82 *Ibidem*, vol. I, p. 453.

83 *Ibidem*, vol. II, pp. 60-61.

84 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 515.

to de motín tarahumara en Norogachic, Chihuahua, que el hábil presidente municipal pudo aplacar.⁸⁵

En todo caso, hubo un largo capítulo de defensa armada india que si bien Lumholtz no presencié, sí pudo recoger a través del amplio rastro de sangre que dejó: la guerra apache.

4. *La reacción radical: el recuerdo de los apaches*

El noruego nunca vio durante sus expediciones por México a un solo apache; sin embargo, menciona a estos indios docenas de veces. ¿Por qué? Porque aún había algunas partidas de guerreros apaches y, sobre todo, porque la memoria colectiva de la cruenta lucha contra ellos estaba vivísima. Tal vez el noruego nunca los vio, pero se previno contra ellos:

la porción más septentrional de la Sierra Madre del Norte ha permanecido desde tiempo inmemorial bajo el dominio de las tribus salvajes de apaches, que han estado siempre contra todos, y todos contra ellos. Hasta que el General Crook, en 1883, no redujo á esos peligrosos nómades á la sumisión, no fué posible hacer allí investigaciones científicas; y quedan, de hecho, todavía pequeñas bandas de “hombres de los bosques”; por lo que mi comitiva tenía que ser suficientemente fuerte para afrontar cualquiera dificultad con ellos.⁸⁶

Con frecuencia, el explorador encontró rastros de estos indios —vedas, monumentos, etcétera⁸⁷— y escuchó los relatos de sus masacres en Chihuahua y Sonora.⁸⁸ En una ocasión halló latas vacías con la marca “Fort Bowie”, basura de los soldados gringos del general Crook que en tierra mexicana habían perseguido años atrás a los feroces indios.⁸⁹ Aparte, apunta las noticias de las tropelías cometidas por ellos mientras él estuvo en México, como el asesinato de un colono mormón⁹⁰ o el de otros dos gringos cerca de Casas Grandes.⁹¹

Dos detalles nos alertan sobre la intensidad de lo que fue la lucha de estos indios. El primero es el terror que despertaba su mero nombre entre

85 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 204.

86 *Ibidem*, vol. I, p. XI.

87 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 31, 39, 51 y 108.

88 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 6 y 110, y Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 572-573.

89 *Cfr. Lumholtz*, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, p. 40.

90 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 26, nota al pie.

91 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 79.

mestizos e indios de una amplísima zona.⁹² Los habitantes del noreste de Sonora desconocían la sierra; no se atrevían a entrar a ella por miedo a los apaches.⁹³ A su vez, los propios tarahumaras del área de la Barranca del Cobre los recordaban como enemigos temibles.⁹⁴ El peyote, por ejemplo, cuyos poderes estimulantes —y ante todo sagrados— daban a los tarahumaras fuerza suficiente para enfrentar a ladrones, hechiceros y otra “gente mala” y peligrosa, era útil, naturalmente, también contra ellos.⁹⁵ “El hombre que lo lleva [el peyote] bajo su ceñidor, puede estar seguro de que no lo morderán los osos... y si los apaches lo encontrasen, no podrían dispararles sus rifles”.⁹⁶

El segundo detalle es el tipo de métodos usados en la guerra apache. Lumholtz recopila una serie de recuerdos por los que se puede deducir sin la menor dificultad que todo recurso era válido para apaciguar a esos indios. Un viejo de Fronteras, Sonora, le relató al autor una celada que los mexicanos tendieron una vez a un grupo de apaches:⁹⁷ ante un ataque, los mexicanos solicitaron paz, que los apaches concedieron. “Siguióse un festín de conciliación durante el cual corrió en abundancia el mezcal... Cuando los apaches estuvieron ebrios, sus anfitriones cayeron sobre ellos capturando a siete hombres”; después los ejecutaron. La traición, como puede verse, no era una vía vergonzosa para vencerlos.

Todavía más escalofriante e ilustrativo es el caso de las recompensas:

dicha tribu se había convertido en tan grande calamidad, que el Gobernador de Chihuahua obtuvo de la Legislatura un decreto por el cual se ponía á precio la cabeza de los apaches; pero pronto tuvo que revocarse esta disposición, en vista de que los mexicanos, ávidos de obtener la recompensa, se dieron a matar pacíficos Tarahumares, á quienes les arrancaban la cabellera juntamente con la piel de la cabeza, todo lo cual, por supuesto, era muy difícil probar que no pertenecía á los apaches.⁹⁸

92 Lumholtz dice que los apaches habían tenido bajo su dominio toda la parte norte de la sierra, hasta doscientas cincuenta millas —cuatrocientos kilómetros— al sur de la frontera. Sin embargo, su cálculo parece conservador según sus propios datos. Los testimonios de los siguientes párrafos prueban de tarahumaras que vivían a más de quinientos kilómetros de la frontera.

93 Cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, pp. 23-25.

94 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 220.

95 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 365.

96 *Ibidem*, vol. I, p. 353.

97 Cfr. *ibidem*, vol. I, pp. 6-7.

98 *Ibidem*, vol. I, p. 25. Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 388-389.

Es claro que la guerra apache no tuvo la misma fama de sublevación justiciera que tuvieron y todavía tienen algunos otros episodios de resistencia india armada en nuestro país. Lumholtz no les concede nada a los apaches en su texto. Pero en nuestros días podemos admitir que, independientemente de su fama, esta guerra tuvo indudables rasgos de movimiento de resistencia ante el embate mexicano (y gringo).

5. *La vía institucional*

¿En qué medida podían los indios acudir a las instituciones para defender su integridad étnica? La pregunta es pertinente para la historia tanto como lo es para la vida actual.

En la visión de Lumholtz, el gobierno jugaba un papel importante en el conflicto entre mexicanos e indios. Unas veces como árbitro y como garante de los derechos establecidos por las leyes de la República; otras veces, quizá las más, como el gran ausente, a la manera de Godot, en la famosa obra de Becket.

Para hablar de este papel del gobierno, es necesario reconocer ante todo que el prestigio de la administración de Porfirio Díaz alcanzaba a los grupos indios, a veces hasta grados que revelan una relación de profundo paternalismo, de acuerdo con el texto en cuestión.

En diversas ocasiones menciona el autor cómo el dar a conocer que estaba recomendando por el presidente Díaz o los gobernadores de los estados le facilitó la cooperación de los indios.⁹⁹ Por cierto, el apoyo de las autoridades eclesiásticas llegó a servirle de igual manera.¹⁰⁰

En Navogame, Chihuahua, el gobernador tepehuano se negaba a permitir el acceso de Lumholtz. Sin embargo, gracias a la intervención de un juez mexicano que vio las cartas de recomendación del gobierno, el no-ruogo pudo lograr su objetivo:

el juez mexicano, que estaba de mi parte, cuando hubo leído mis cartas del Gobierno, convenció á los presentes con un discurso á que obedecieran á las autoridades. Pronto comprendieron los tepehuanes la fuerza de sus argumentos, y el agitador tuvo que irse derrotado, siendo el resultado de todo que los indios me expresaran pena de no haberse reunido en mayor número para que los fotografiara y que si tal era mi deseo mandarían llamar á otros individuos de su tribu.¹⁰¹

99 Cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. II, pp. 53-54 y 144.

100 Cfr. *ibidem*, vol. II, p. 74.

101 *Ibidem*, vol. I, p. 417.

En Jesús María, Nayarit, los coras se reunieron para escuchar la lectura de las cartas que traía Lumholtz. Atendieron sus peticiones en cuanto a guías y provisiones, pero cuando se trató de conocer la intimidad religiosa de los indios hubo ciertas resistencias:

mi deseo de ver los sepulcros fue mal recibido; pero pronto me enviaron el médico sacerdotal que llegó á poco á la casa de la comunidad, y sin haberme visto, dijo á las autoridades [indias] que “era muy conveniente contar á ese hombre todo lo relativo á las antiguas creencias, para que el Gobierno lo supiera”.¹⁰²

La devoción que las autoridades, y en especial Porfirio Díaz, inspiraban entre los indios puede parecer por momentos enternecedora. De los tepehuanes de Pueblo Viejo, Durango, escribe el autor que realizaron una vez un ayuno ritual de dos meses “para ayudar á que el general Porfirio Díaz saliera electo Presidente de la República, y me contaron que pronto iban a sujetarse á privaciones análogas para lograr que continuaran en sus puestos otros funcionarios que les eran benéficos”.¹⁰³ Sobra decir que sus sacrificios tuvieron el efecto deseado...

Lumholtz llega a afirmar que el nombre de Porfirio Díaz “equivale a un conjuro”.¹⁰⁴ Y cuando en diciembre de 1896 se entrevistó con el presidente en la ciudad de México, le agradeció el favor de su carta de recomendación:

le dije cuán importantes servicios me había prestado la carta que bondadosamente me había dado, y cómo, aun donde los indios no sabían leer, quedaban convencidos de la autenticidad de mi salvoconducto con sólo tocar el papel y mirar el sello. Nunca, por supuesto, se habían penetrado del objeto de mi visita, pero el documento había llenado su objeto por la palabra importante que ocurría en una de las frases, pues siempre les llamaba la atención y me abría camino á su confianza.¹⁰⁵

La respuesta que le dio Díaz en dicha entrevista concuerda de algún modo con esa relación paternal que de acuerdo con los apuntes de Lumholtz sentían los indios:

102 *Ibidem*, vol. I, p. 491.

103 *Ibidem*, vol. I, pp. 467-468.

104 *Ibidem*, vol. I, p. 217. Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 486.

105 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. II, p. 445.

los indios son buenos si uno les explica las cosas, pero los han burlado y engañado tanto que se han vuelto desconfiados. Durante la intervención francesa, casi todos los soldados del partido liberal eran indios y prestaron los más grandes servicios para la salvación del país.¹⁰⁶

Sin embargo, una cosa era el respeto que sentían los indios por los más altos funcionarios de la República y otra el trato que recibían del conjunto de la estructura gubernamental. El antropólogo se percató de que las buenas intenciones no bastaban:

las autoridades mexicanas, dicho sea en honor suyo, hacen cuanto está en su poder para proteger á los indios; pero el Gobierno es prácticamente impotente para cuidar de la población esparcida en remotos distritos. Por otra parte, los indígenas más expuestos á caer en las garras de especuladores sin conciencia, no pueden darse á entender en la lengua oficial, y consideran inútil, por lo mismo, acudir á las autoridades. Conforme la liberal constitución de México, son ciudadanos todos los naturales, pero los indios no saben hacer valer sus derechos. Á veces, sin embargo, [los tarahumaras] han ido en considerables cuadrillas á Chihuahua para presentar sus quejas, y siempre se les ha ayudado, si ha habido lugar. Los esfuerzos del Gobierno para ilustrar á los naturales estableciendo escuelas, se frustran por la falta de maestros inteligentes y de buena voluntad que conozcan las lenguas indígenas.¹⁰⁷

Eso sí, cuando el gobierno necesitaba reclutas, recurría a los indios, como lo sugería el propio Díaz y como lo menciona el autor:

los tarahumaras han sido soldados sobresalientes en las filas del ejército. En una de las guerras civiles, un jefe llamado Jesús Larrea, tarahumara puro de Nonoava (Chih.), se distinguió mucho no sólo por su bravura y resolución, sino también por sus aptitudes de mando.¹⁰⁸

La lejanía institucional no era exclusiva del gobierno. La Iglesia, por ejemplo, también la mostraba. Entre los tarahumaras sólo vivía un sacerdote, quien residía en el poblado de Norogáchic.¹⁰⁹ Apenas lograba reunir

106 *Idem.*

107 *Ibidem*, vol. I, p. 408.

108 *Ibidem*, vol. I, p. 407.

109 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 200, y Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 616, nota 272.

este padre a un millar de feligreses indios para alguna festividad, pero como normalmente se embriagaban antes de la celebración, pocas veces estaban en condiciones de ir al templo el verdadero día de fiesta.¹¹⁰ Jesús María, poblado cora, tenía un majestuoso convento colonial, pero carecía de cura.¹¹¹ Y entre los huicholes, las esporádicas visitas de los sacerdotes eran ineficaces para erradicar la idolatría.¹¹²

Al Estado, aunque fuera lejano y ajeno, se tenía que recurrir en busca de soluciones a problemas graves, sobre todo de justicia. En algunos casos se obtenía éxito. Por ejemplo, los procedimientos judiciales mixtos, es decir, manejados por indios y jueces estatales, funcionaban entre tepehuanos¹¹³ y huicholes.¹¹⁴ Pero, en otros casos, las cosas no marchaban bien.

Los tarahumaras de Guajóchic, Chihuahua, conservaban recuerdos frescos sobre el mal funcionamiento de la justicia estatal.¹¹⁵ En una ocasión capturaron a cuatro ladrones que luego llevaron a un tribunal del estado. A partir de ese momento fueron importunados durante semanas para que declararan como testigos en Cusihuriáchic, a más de cien kilómetros de intrincados caminos a través de la sierra. Agrega Lumholtz que dichos indios “estaban arrepentidos de no haber matado á los malhechores, y aun hubiera sido mejor, decían, dejarlos que siguieran robando”.¹¹⁶

De los tepehuanos de Pueblo Viejo, Durango, recoge el autor la triste anécdota sobre una comisión que enviaron a la ciudad de México para arreglar una disputa de tierras. “Estuviéronse en la capital once días y fueron bien recibidos en el Ministerio de Fomento; pero se les acabó el dinero antes de terminarse los asuntos que les llevaban y tuvieron que regresar sin haber conseguido cosa alguna”.¹¹⁷

Dos tipos de episodios adicionales narrados por el explorador señalan que muchos indios estaban decepcionados de las formas tradicionales de acercarse al Estado. En primer lugar están los dos pintorescos casos en que, habiendo visto al autor tan bien relacionado con el presidente Díaz, le pidieron su intercesión. Al despedirse de Lumholtz, el alcalde cora de Santa Teresa, Nayarit,

110 Cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, p. 201.

111 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 490.

112 Cfr. *ibidem*, vol. II, pp. 138 y 160.

113 Cfr. *ibidem*, vol. I, pp. 452-453.

114 Cfr. *ibidem*, vol. II, p. 245.

115 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 217.

116 *Ibidem*, vol. I, p. 218.

117 *Ibidem*, vol. I, pp. 461-462.

me rogó que no me olvidase de los coras cuando viese á la primera autoridad de Tepic, y que consiguiera del Gobierno mexicano que los dejaran conservar sus antiguas costumbres que habían sabido les querían prohibir. Tal temor carecía de fundamento. También me suplicó que empleara mi influencia para impedir que en las cercanías se establezcan blancos ansiosos de apoderarse de las grandes selvas.¹¹⁸

En el pueblo de Ratontita, los huicholes hicieron el mismo intento, pero no pudieron llevarlo a efecto del todo:

les vino la idea de que los ayudase en sus dificultades de tierras, y enviaron por su escribano que vivía á dos días de distancia en el mineral de Bolaños [Jalisco]. Pretendían que yo le escribiese una carta al Presidente de la República pidiéndole que no permitiese que les dividieran individualmente las tierras, y deseaban al escribano para que se cerciorara de que yo cumplía bien el encargo; pero como afortunadamente no llegó á Ratontita mientras estuve allí, y mi guía, que iba á tener intervención en la carta, se embriagó pronto, permaneciendo en tan feliz condición todo el tiempo que duró la fiesta, me salvé del delicado compromiso en que me hubieran puesto.¹¹⁹

De todos modos, Lumholtz no se olvidó de comunicar ambas peticiones a Porfirio Díaz durante su tercera entrevista con el mandatario, y éste dijo que les escribiría a los indios.¹²⁰

En segundo lugar están los casos de justicia autónoma de los tarahumaras. Según el libro, preferían muchas veces ejecutar por cuenta propia a ladrones mexicanos en vez de entregarlos a las autoridades de Chihuahua.¹²¹

Esto ya es signo de que no todo era cordialidad en la relación de los indios con el Estado. Y el noruego tuvo tres oportunidades de atestiguarlo. En el censo de 1895, doscientos huicholes ignoraron con toda frescura la orden gubernamental de presentarse en San Andrés.¹²² Y más tarde, en Capácuaro, Michoacán, ni su arenga, ni la carta de recomendación del gobernador del estado, ni la carta del propio Porfirio Díaz disuadieron a los

118 *Ibidem*, vol. I, p. 483. Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, p. 171.

119 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. II, pp. 260-261.

120 Cfr. *ibidem*, vol. II, pp. 445-446.

121 Cfr. *ibidem*, vol. I, pp. 175 y 217.

122 Cfr. *ibidem*, vol. II, pp. 98-99.

tarascos locales de expulsar a Lumholtz de sus tierras.¹²³ Y es que existían límites para la influencia dorada de las autoridades...

Finalmente es revelador de profundos recelos muchas veces ocultos el acre comentario de uno de los indios de Pueblo Viejo, Durango, cuando Lumholtz llegó y les explicó el motivo de su exploración:

en una reunión que tuve con ellos llevado de mi deseo de agradecerles, díjeles que el gobierno mexicano tenía mucho interés en saber si se desarrollaban en población ó estaban próximos á acabar, á lo que el más ladino repuso riendo: “¡por supuesto que quieren saber cuando podrán acabar con nosotros!”¹²⁴

6. *Los indios divididos*

Diversos y no raros detalles expuestos por el autor nos describen un mundo indio profundamente dividido. Ciertamente los indios eran víctimas de los mexicanos, pero lo eran en buena medida por la falta de cohesión étnica. Su falta de unión los volvía mucho más vulnerables a las agresiones mexicanas. Y por lo demás, los indios eran también víctimas de otros indios.

En un primer nivel, estas divisiones se daban entre etnias. Algunos apelativos poco gratos podrían haber sido signo de desprecio de unos hacia otros. Los tarahumaras llamaban *saeló*, “campamochas”, a los tepehuanos,¹²⁵ y los huicholes denominaban *hashi*, “cocodrilos”, a los coras, a quienes menospreciaban.¹²⁶ A su vez, los coras se preciaban de no mezclarse con mexicanos ni con tepehuanos.¹²⁷ Entre los tepehuanos de Lajas y los tepehuanos y nahuas de Pueblo Viejo, en Durango, había “rencilla con motivo de ciertas tierras”.¹²⁸ En Chihuahua, el explorador escuchó de los propios indios viejas narraciones sobre luchas entre tubares y tepehuanos,¹²⁹ y entre tubares y tarahumaras.¹³⁰

Más patéticas aún eran las divisiones en el interior de un mismo grupo. En primer término había diferencias económicas. En varias partes del libro encontramos la mención de indios —tarahumaras, huicholes, taras-

123 *Cfr. ibidem*, vol. II, pp. 426-427.

124 *Ibidem*, vol. I, p. 461.

125 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 414.

126 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 480.

127 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 479.

128 *Ibidem*, vol. I, p. 459.

129 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 428.

130 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 432.

cos y nahuas— ricos, algunos de los cuales eran dueños de centenares de cabezas de ganado o de caudales de cientos y miles de pesos.¹³¹ La pobreza estaba naturalmente más generalizada,¹³² pero aún así no dejan de sorprender casos extremos como el de los mendigos tarahumaras que comían gusanos en Yoquivo, Chihuahua.¹³³ Es decir, existían dentro de los grupos indios diferencias —o si se prefiere, *protodiferencias*— de clase.¹³⁴

La solidaridad no se daba por etnia o raza, sino, apenas, por pueblo. Los huicholes de Santa Catarina, Nayarit, se consideraban superiores a sus compatriotas, porque tenían el templo principal y la mayor parte de los sitios sagrados.¹³⁵ Una riña entre los pueblos huicholes de Rancho Hediondo y Ratontita había conducido a un cisma religioso, porque los indios del primer pueblo fundaron un culto aparte y establecieron un templo propio, en vez de acudir al viejo templo del segundo.¹³⁶ En la misma zona, al ver los enconos entre los huicholes de Ratontita y Santa Catarina, Lumholtz reflexiona:

mientras más tiempo pasaba yo con los indios, más palpablemente veía la poca solidaridad que hay en la tribu. Á cada distrito interesan únicamente sus propios negocios, y le es indiferente la suerte de los demás. No sería excesivo asegurar que á ningún distrito le importaría un bledo que “los vecinos” se apoderaran del dominio de todo el resto de la tribu, con tal que les dejasen intacto el suyo. Mucho menos se preocupa una tribu de lo que acontece fuera de sus límites.¹³⁷

Y aun dentro de una misma comunidad no faltaban indios abusivos que tomaban ventaja de sus cargos de jueces e imponían “multas por triviales ó absurdas ofensas, para dividirse los productos”.¹³⁸

7. La mexicanización de los indios

Las reacciones de los indios frente a la hostilidad mexicana, tanto las meramente ideológicas como las más radicalmente violentas, no impe-

131 Cfr. *ibidem*, vol. I, pp. 169, 183-184, 210 y 262, y vol. II, pp. 64, 73, 329 y 381.

132 Cfr. *ibidem*, vol. II, pp. 248 y 251.

133 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 180.

134 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 123-124.

135 Cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. II, p. 152.

136 Cfr. *ibidem*, vol. II, p. 269.

137 *Ibidem*, vol. II, p. 261.

138 *Ibidem*, vol. II, p. 247.

dían que el resultado más generalizado de esta lucha fuera la integración de estos pueblos —a la mala, según Lumholtz— en el proyecto mexicano de nación. La escasa defensa que podían recibir de las instituciones y su propia falta de unión facilitaban este fenómeno.

Como todo proceso, se desarrollaba en grados, dependiendo de etnias y poblados. En un primer nivel, eran simples rasgos culturales tradicionales prehispánicos o virreinales los que se perdían y se substituían por rasgos mexicanos. Esto ocurría, por ejemplo, en el ámbito de los utensilios cotidianos: la incorporación de la vestimenta y el arado mestizos.¹³⁹

Ni siquiera las prácticas religiosas quedaban a salvo de la penetración mexicana. En el poblado huichol de San Andrés, Nayarit, el autor lo observó:

es cosa peculiar que mientras otras fiestas de los huicholes no han recibido ninguna influencia de los blancos, las que celebran para solicitar la lluvia se han enriquecido y modificado mucho bajo esa influencia. La matanza de uno o dos bueyes se considera hoy un sacrificio enteramente tan eficaz como el matar ciervos, ardillas, pavos ó cualquiera otro animal, que antes acostumbrase la tribu. Se ha adoptado también el uso de velas, importado de igual manera por los católicos, y antes de cada una de dichas fiestas va invariablemente a Mezquitic (Jal.) un hombre á fin de obtener este nuevo requisito...¹⁴⁰

También entre los huicholes se perdía el papel de los *shamans* (chamanes) en las celebraciones matrimoniales y tomaban su lugar los jueces nativos.¹⁴¹ Y hasta el peyote era desplazado por drogas más “modernas” y más “mexicanas”. Dice el autor sobre el uso del cacto entre los tepecanos de Mezquitic:

hasta hacía tres años, iban ellos mismos en busca de dicha planta, pero ya entonces la compraban á los huicholes, bien que algunas veces la sustituían con una especie de cáñamo llamado mariguana ó rosa maría (*Cannabis sativa*), terrible narcótico cuyas hojas acostumbran fumar en México los criminales y otra gente depravada.¹⁴²

139 Cfr. *ibidem*, vol. I, p. 120.

140 *Ibidem*, vol. II, p. 6.

141 Cfr. *ibidem*, vol. II, p. 95.

142 *Ibidem*, vol. II, pp. 123-124.

Junto a las costumbres, se “mexicanizaban” igualmente los individuos, que por este mero hecho no ofrecían “grande interés á la ciencia” del explorador.¹⁴³ ¡Cuántos de estos indios dejan de ser mencionados en la obra de Lumholtz por este motivo! El autor sí habla en varias ocasiones de los indios que trabajaban para los rancheros mexicanos, tanto en general,¹⁴⁴ como en pueblos específicos, por ejemplo en Guachóchic, Chihuahua,¹⁴⁵ Guadalupe y Calvo, Chihuahua¹⁴⁶ y Zapotlán, Jalisco¹⁴⁷ Su querido guía huichol, Pablo, sabía hablar bien el español porque había trabajado en los algodones y siembras de maíz de la tierra caliente, fuera ya de su zona étnica.¹⁴⁸ ¿Era la necesidad económica la principal causa de la “mexicanización” individual? Probablemente; pero también era importante el simple trato frecuente con los mexicanos, e igualmente los casos de matrimonios con mexicanos, como en el caso de los tepehuanos de Durango y Chihuahua.¹⁴⁹

A lo largo de sus recorridos, el noruego conoció a infinidad de indios cuyo avanzado grado de mexicanización —su manejo del español y de las costumbres mercantiles mestizas— le fue muy útil para llevar a cabo sus investigaciones. Como meros ejemplos, podemos citar a Andrés Madrid, un tarahumara educado entre los mexicanos,¹⁵⁰ y a Ángel, cuyo origen étnico no es aclarado en el libro, y que para el autor era casi el arquetipo del indio mexicanizado: “como ejemplar de indio civilizado que nunca había sabido su lengua nativa, era muy interesante”.¹⁵¹ Le llamaban la atención sus vicios y virtudes: honrado, supersticioso, leal, católico sincero, enamorado, perspicaz...¹⁵²

Sin embargo, los datos más relevantes anotados por Lumholtz sobre el fenómeno no se refieren a la asimilación de individuos como Pablo o Ángel, o de poblados como Guachóchic, sino que hablan de la desaparición de las etnias como tales.

Su primer encuentro con la mexicanización total lo tuvo en Granados y Guasabas, Sonora, con los ópatas:

143 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 120.

144 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 119.

145 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 192.

146 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 403.

147 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 323.

148 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 116.

149 *Cfr. ibidem*, vol. I, p. 414.

150 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 215-216.

151 *Ibidem*, vol. II, p. 451.

152 *Cfr. ibidem*, vol. II, pp. 451-455.

este territorio estuvo alguna vez en poder de la gran tribu de indios ópatas, que se han civilizado. Han perdido su lengua, religión y tradiciones; se visten como los mexicanos, y no se distinguen en su apariencia de la clase trabajadora de México, con la que se han mezclado por completo, debido á matrimonios frecuentes entre unos y otros.¹⁵³

Y varias veces más insiste en la entera asimilación de los ópatas a la vida mexicana.¹⁵⁴

En Nóstic, cerca de Mezquitic, Jalisco, encontró un espectáculo doloroso para un apasionado de la pureza étnica: “la mayor parte de los indios que residen allí son aztecas (mexicaneros) que han olvidado, desde hace largo tiempo, su lengua nativa, y son indolentes y perezosos”.¹⁵⁵

Los tarahumaras, aunque numerosos, estaban en vías de desaparición: “aunque todavía quedan de [esa etnia] como unas veinticinco mil almas, la mayoría ha adoptado la lengua, costumbres, religión y vestidos de los mexicanos”.¹⁵⁶ Y el propio antropólogo llegó a creer que terminarían completamente asimilados: “las futuras generaciones no encontrarán otros recuerdos de los tarahumares, que los que logren recoger los científicos de hoy”.¹⁵⁷

Lo que alcanzó a ver de otros grupos indios le daba muchas razones para pensar eso. Los indios de Zapotlán el Grande, Jalisco, estaban tan integrados que el autor ni siquiera les atribuye su filiación étnica; sólo advierte que alguna vez hablaron un dialecto náhuatl.¹⁵⁸ Los tubares, de Chihuahua, estaban al borde de la extinción: “no quedan ya arriba de dos docenas de tubares legítimos, y sólo cinco ó seis de ellos saben su propia lengua que tiene relación con el náhuatl”.¹⁵⁹ Y lo mismo ocurría con los tepecanos del norte de Jalisco:

según me informaron, los tepecanos tienen ahora solamente dos pueblos, de los cuales el más importante es Alquestán. Aunque los adultos hablan todavía su lengua materna, tan fácilmente como el español, los niños van perdiendo rápidamente la primera debido á que residen en el pueblo muchos mexicanos.¹⁶⁰

153 *Ibidem*, vol. I, p. 11.

154 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 56 y 410.

155 *Ibidem*, vol. II, p. 120.

156 *Ibidem*, vol. I, p. 119.

157 *Ibidem*, vol. I, p. 410.

158 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 320.

159 *Ibidem*, vol. I, p. 432.

160 *Ibidem*, vol. II, pp. 122-123.

Otros más sólo eran ya sombra de lo que fueron y apenas merecieron un somero comentario en la obra: “cerca de Morelia (Mich.) se pueden encontrar todavía restos de la tribu pirinda, pero ya no hablan su lengua natal y se han mexicanizado por completo”.¹⁶¹

¿Qué pasaba con los pueblos indios según la visión del autor? Desaparecían más o menos lentamente. Al menos eso significaba la muerte de sus idiomas, el rasgo de indentidad cultural por excelencia. Era, eso sí, una extinción desigual tanto en forma como en alcances. En muchos casos, la mexicanización era parcial: solamente en algunos rasgos culturales o sobre algunos individuos. Aparte, no parecía ser la coacción el medio fundamental para la asimilación, sino toda una serie de factores de presión: violencia, recompensas, engaños y el peso mismo del dominio cultural mestizo.

De cualquier forma, la tendencia apuntaba hacia una meta: la total extinción de los indios como pueblos con identidad propia, fuera por la vía cultural, como en la mayoría de los casos (tarahumaras, ópatas, tubares, tepecanos, etcétera); o bien por la guerra de exterminio, como en el caso de los apaches. Así lo vio Carl Lumholtz durante el Porfiriato: “en el rápido progreso actual de México, no se podrá impedir que esos pueblos primitivos pronto desaparezcan fundiéndose en la gran nación á que pertenecen”.¹⁶²

IV. EL VALOR DE *EL MÉXICO DESCONOCIDO*

A modo de conclusión, debemos hacer la siguiente pregunta: ¿qué tan valiosa puede ser la información que Lumholtz nos transimitió en *El México Desconocido*, considerada como fuente historiográfica de las relaciones entre los indios y el proyecto mexicano de nación? Para esta pregunta hace falta una compleja respuesta en varios niveles, que aquí trataremos de esbozar.

Antes que nada hay que procurar desentrañar las posiciones ideológicas que orientan los apuntes del autor, y en este sentido vemos tres tendencias claras. En primer lugar está la formación científica de Lumholtz que, más allá de su profesión de antropólogo, lo dotó de una serie de marcos conceptuales, discutibles o no, pero sólidos. El más evidente de éstos es tal vez su fe en la evolución y el progreso, a la manera esquemática en

161 *Ibidem*, vol. II, p. 441. Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 518-520.

162 Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, p. XVIII.

que se creía en ambas cosas en el siglo XIX. Esta fe, no del todo ciega, dirige sus pensamientos a lo largo del libro. Como ejemplo, nos podemos remitir a sus reflexiones finales:

poco difieren las razas en cuanto a facultades. En las atrasadas, lo que principalmente falta es energía y fuerza motriz. Sucede con las razas lo que con los individuos; ambos tienen que pasar á través de una serie de etapas progresivas: el salvajismo, en la infancia; la barbarie, en la juventud, y la civilización en la edad viril. Como el niño es el padre del hombre, así las cualidades características de las naciones más civilizadas se han desarrollado de las virtudes y vicios que tenía la tribu primitiva de que nacieron.¹⁶³

En segundo lugar es palpable a través de las páginas de *El México Desconocido* la afinidad política en general con la “civilización”, esto es, con los países capitalistas desarrollados de su tiempo, y en particular con el régimen de Porfirio Díaz. Para el autor, no había tacha en la administración de este presidente; todo era admirable en él, hasta el grado de decir:

conoce su país y cuanto éste necesita, mejor que ningún otro mexicano, y lo ha gobernado cerca de un cuarto de siglo con juicio y rara sagacidad. Cómo ha reorganizado la república, engrandecido un estado y desarrollado una nación, es asunto digno de la historia. El General Díaz no sólo es un grande hombre de este continente, sino uno de los más grandes hombres de nuestra época.¹⁶⁴

La tercera tendencia que guió la pluma del escritor fue su vocación de etnógrafo, entendida esta vocación como una pasión entrañable que lo llenaba de profunda simpatía por los indios y animadversión hacia todo aquello que consideraba enemigo de ellos. Si su amor y fascinación por los indios ha de resumirse en una frase, ésta podría ser la siguiente: “me han enseñado una nueva filosofía de la vida, pues su ignorancia está más cerca de la verdad que nuestras preocupaciones”.¹⁶⁵

Estas posiciones explican muchos giros y omisiones del relato. En concordancia con las tres posiciones anteriores podemos ver otras tantas series de variantes de estos giros y omisiones. Primeramente, a raíz de su fe evolucionista y a pesar de toda la devoción que les profesaba, el autor

163 *Ibidem*, vol. II, pp. 469-470.

164 *Ibidem*, vol. II, p. 447.

165 *Ibidem*, vol. II, p. 457.

ofrece una visión de los indios como seres *inferiores*. Por sólo referir un ejemplo, mencionamos una cita referente a los tarahumaras:

en realidad, no sienten el dolor en el mismo grado que nosotros... la indiferencia con la que se arrancaban los cabellos, tal como yo hubiera hecho con las cerdas de un caballo, me convenció de que las razas inferiores son más insensibles al dolor que el hombre civilizado.¹⁶⁶

En este mismo punto podemos señalar su ya mencionado pronóstico fallido sobre la desaparición de los grupos indios, resultado de su creencia en un progreso que llevaría una sola dirección hacia lo que él entendía como civilización. El noruego no concede ninguna oportunidad de triunfo a la resistencia india, ni prevé la posibilidad de cambio en las identidades indias sin integración en esa civilización. En algún grado existía esa posibilidad, puesto que muchas de las etnias visitadas por el autor sobreviven hasta nuestros días, pero buscarla en el libro sería en vano.

En segundo término se percibe la gran ausencia de crítica a la labor gubernamental. Afirma el autor que “la civilización, tal como les llega a los tarahumares, ningún beneficio les presta”.¹⁶⁷ Hay una gran verdad en eso, pero el autor nunca señala la responsabilidad de las autoridades mexicanas en el problema. Esa “civilización” es un ente o impersonal, o dependiente del conjunto de la sociedad mestiza, pero en ningún caso el Estado aparece como protagonista en ella. Y si hablamos de puntos de vista tan generales como éste que se repite a lo largo de los dos volúmenes, podemos igualmente señalar datos concretos que ni siquiera son sugeridos en la obra; por ejemplo, el caso de las reiteradas revueltas de la última década del siglo pasado en los estados de Sonora y Chihuahua, justo en la ruta que él siguió. ¿No las vio? ¿No se enteró de ellas? ¿O es que deliberadamente prefirió no mencionarlas? A lo más que llega es a referir que en enero de 1892, en la zona de Casas Grandes, Chihuahua, su expedición encontró “una partida de ocho revolucionarios de la Ascensión, entre quienes vi las caras de peor aspecto que he contemplado en mi vida”¹⁶⁸ (siendo “revolucionarios”, claro está, tenían que ser muy feos). Por suerte, no tuvo mayor contratiempo con esos revolucionarios.

166 *Ibidem*, vol. I, pp. 237-238.

167 *Ibidem*, vol. I, p. 403.

168 *Ibidem*, vol. I, p. 99.

Una omisión sorprendente es la que ya señalábamos antes respecto a la sangrienta sublevación de Tomóchic. Existía infinidad de razones para hablar de ella: los más de trescientos muertos que costó (según el recuento oficial),¹⁶⁹ la amplia difusión que ameritó en la prensa nacional e internacional,¹⁷⁰ lo cerca que pasó el autor de este poblado precisamente cuando se desarrollaba la insurrección¹⁷¹ y la información que obtuvo de protagonistas de esta lucha, como el bandolero Pedro Chaparro.¹⁷² Sin embargo, Lumholtz no dice una sola palabra sobre el asunto y, como si el pueblo no existiera, ni siquiera menciona su nombre.

Ciertamente, sobre este aspecto hay que considerar cuidadosamente la deuda moral que Lumholtz tenía tanto con sus patrocinadores —entre quienes se encontraban magnates gringos de la talla de Andrew Carnegie, J. Pierpoint Morgan, George W. Vanderbilt y William C. Whitney, entre otros muchos¹⁷³— como con Porfirio Díaz. Si bien carecemos de argumentos irrefutables para afirmarlo, creemos que este compromiso contuvo la mano del autor al escribir *El México Desconocido*, quizá porque estaba al tanto de que iría a ser leído por hombres poderosos que simpatizaban con el dictador. Seguramente, de haber dado rienda suelta a su pluma, el autor no hubiera podido haber hecho sus dos viajes posteriores al libro, y éste no hubiera sido traducido al español antes de 1910. Si era sincero o no en su defensa de Díaz, eso es de cualquier manera irrelevante frente al sesgo que tal defensa le dio al libro.

169 Cfr. Illades Aguiar, Lilian, *Disidencia y Sedición en la Región Serrana Chihuahuense: Tomóchic 1892*, pp. 222-223.

170 Cfr. *ibidem*, pp. 197-200, 224 y 229.

171 Durante su segundo viaje, entre febrero y marzo de 1892, Lumholtz pasó por Tosanachic, Yepáchic, la mina de Pinos Altos, Jesús María y la cascada de “Basasiáchic”, lugares todos ellos vecinos a Tomóchic y conectados a éste por caminos de tan sólo decenas de kilómetros: Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, pp. 120-131. Justo en ese tiempo, los sucesos de Tomóchic eran la comidilla en la sierra, puesto que sus habitantes Tomóchic habían tenido ya un primer enfrentamiento armado con las fuerzas del gobierno el 7 de diciembre de 1891, fecha desde la que se mantuvieron en abierta rebeldía hasta las batallas de finales de octubre de 1892 en las que fueron masacrados: cfr. Illades Aguiar, Lilian, *Disidencia y Sedición en la Región Serrana Chihuahuense: Tomóchic 1892*, pp. 119-125 y 207-224.

172 Chaparro y su gente se unieron a los rebeldes de Tomóchic y durante las batallas finales de octubre de 1892 defendieron con relativo éxito el cerro de la Cueva, una de las principales posiciones del poblado, frente al ataque federal. Antes de la caída de Tomóchic, sin embargo, escaparon rumbo a la sierra sin ser inmediatamente perseguidos. Cfr. Illades Aguiar, Lilian, *Disidencia y Sedición en la Región Serrana Chihuahuense: Tomóchic 1892*, pp. 200-202, 209 y 215-216. Curiosamente, Lumholtz nada dice del historial rebelde de Chaparro y se limita a describirlo como un ladrón astuto y famoso que hacía sus fechorías entre mexicanos e indios: cfr. Lumholtz, Carl, *El México Desconocido*, vol. I, pp. 132-133.

173 Cfr. *ibidem*, vol. I, pp. XIX-XX.

La tercera orientación clara del libro es su indianismo o como suele decirse hoy, “indigenismo” idealizado. El antropólogo lanza una severa condena: “los indios semicivilizados no ofrecen grande interés á la ciencia”.¹⁷⁴ Que no fueran de su interés particular es una cosa, pero que los cambios culturales no sean materia —quizá el problema central— de la antropología, es otra. En todo caso, Lumholtz dejó fuera de *El México Desconocido* el tema candente de la asimilación y con ello dejó de hablarnos de miles de indios...

Convertido en paladín de la pureza india, Lumholtz se enfrascó en explicaciones frívolas sobre los problemas indios. Frívolas son, sin duda, sus críticas a la herencia misional. En algún momento, por ejemplo, dice que “el régimen de gobierno establecido por los misioneros es artificial, y por bien intencionado que fuera, como no cabe evidentemente dentro de la comprensión de los entendimientos primitivos, es á la par nocivo”,¹⁷⁵ y el lector puede preguntarse cuál es el régimen de gobierno “natural” de los indios (como si las estructuras de poder no fueran creación cultural) o cómo es que a treinta años de la gran ofensiva antieclesiástica de los liberales de la Reforma y a ochenta años de la Independencia de España, los indios conservan ese régimen “artificial” que les impusieron los frailes... pero el texto no da mayor explicación. Los religiosos aparecen en las páginas de la obra como los grandes villanos de la tragedia india,¹⁷⁶ hasta extremos absurdos como señalar que los jesuitas, “antes de ser expulsados de México, estaban en posesión de casi todas las minas del país”,¹⁷⁷ o culpar a los misioneros de los pleitos de tierras de los indios.¹⁷⁸ Llega un momento, incluso, en que el antropólogo ecuánime desaparece detrás del intransigente luterano nórdico cuando se escandaliza de la fiesta del Cristo de los Milagros en la iglesia de Parangaricutiro:

la entrada estaba llena de vendedores de velas ofreciendo su mercancía á las almas piadosas que acuden á reverenciar á la imagen. Al entrar al vestíbulo me encontré en medio de otro hormiguero de traficantes con fotografías de la maravillosa imagen, rosarios y otros mementos del santuario. ¿Sabría alguno de ellos la historia de Jesús arrojando del templo á los usuarios y mercaderes?¹⁷⁹

174 *Ibidem*, vol. I, p. 120.

175 *Ibidem*, vol. II, p. 248.

176 *Cfr. ibidem*, vol. I, pp. 110 y 135-137, y vol. II, p. 369.

177 *Ibidem*, vol. I, p. 110.

178 *Cfr. ibidem*, vol. II, p. 261.

179 *Ibidem*, vol. II, p. 367.

Frívolas también son sus despectivas consideraciones sobre los mexicanos y lo mexicano. Su definición de lo mexicano, aunque implícita, es rotunda en este comentario sobre los tarascos: “los tarascos de Uruapan llevan largo tiempo de haberse mexicanizado; esto es, se hallan ahora desposeídos de tierras, gastan todo el dinero que ganan en fiestas para los santos, y le han tomado gusto al aguardiente”.¹⁸⁰ La mexicanización es por definición maligna: “los tarahumares son mucho mejores moral, intelectual y económicamente que sus hermanos civilizados...”¹⁸¹ La cristianización —por la vía católica, por supuesto— los “contamina” y les quita “la sencillez primitiva”¹⁸² o les hace perder “el esplendor de los antiguos tiempos”.¹⁸³

Finalmente, en la conclusión de su libro,¹⁸⁴ plantea el autor una larga apología de los indios en la que busca destacar la relativa superioridad moral (en compensación a su inferioridad en la carrera del progreso) de éstos sobre los blancos. Si ya antes había establecido que los blancos eran para los indios una mera “mala influencia”,¹⁸⁵ aquí llega de plano a afirmar: “me parece, después de mi larga experiencia con los indios de México, que en su estado natural son, en ciertos puntos, superiores, no sólo a la mayoría de los mestizos, sino á la masa común de los blancos”.¹⁸⁶

Podemos comprender estas actitudes como producto de la combinación de muchos factores: la influencia del romanticismo alemán en su formación académica, el romanticismo propio de la antropología de aquellos años, su fascinación por los indios, su reacción airada ante el extendido desprecio de mestizos y blancos americanos hacia los indios... La cuestión aquí no es analizar las causas de dicha actitud, sino el grado en que por enaltecer a los indios, deforma los rasgos descritos u omite otros.

A pesar de todo este lastre, Lumholtz ofrece al lector una riqueza enorme y no sólo por la cantidad de información apuntada, sino también por el valor mismo de muchas de sus observaciones y sus juicios. Hemos mencionado los sesgos que presenta en su obra, pero sería injusto por nuestra parte pasar por alto su inusitada tensión crítica y el frecuente balance que

180 *Ibidem*, vol. II, pp. 431-432.

181 *Ibidem*, vol. I, p. 410.

182 *Ibidem*, vol. I, p. 192.

183 *Ibidem*, vol. II, p. 369.

184 *Cfr. ibidem*, vol. II, pp. 458-471.

185 *Ibidem*, vol. I, p. 383.

186 *Ibidem*, vol. II, p. 458.

da a sus comentarios. Por sólo hablar de un caso, ese repudio que muestra hacia la herencia hispano-católica de México no obsta para que reconozca algunos beneficios en la Conquista y la Evangelización:

no dejo de creer, sin embargo, que ya que le tocó á México sufrir el yugo de un poder europeo, fue mejor para él recibirlo de manos latinas que germánicas ó teutonas, porque en carácter y temperamento se asemejan en cierto grado los españoles a los indios. ...La civilización moderna es aún más intolerante al entrar en contacto con las razas incultas que lo que fueron los conquistadores de México y Perú... Por otra parte, los españoles, después de subyugar á un pueblo, no le quitaban su virilidad. Expedían leyes para proteger á los indios. Éstos comprendían pronto la religión católica, cuyas formas exteriores, por lo menos, no había dificultad en establecer.¹⁸⁷

Igualmente apreciable es la modernidad de su visión. Para Lumholtz, el indio podía ser miserable por ser víctima de la voracidad mexicana, pero cuando menos ya no era el ser abyecto que describió la mayoría de los extranjeros del siglo XIX. Su valorización de lo indio cae en exageraciones, pero es ya, como sea, una valorización que convierte a los indios vivos en sujetos dignos de alabanzas, admiración y estudios. En ese sentido, el explorador pertenece más al siglo XX que al siglo XIX.

Para su tiempo, las investigaciones de Lumholtz fueron de vanguardia. El antropólogo noruego no era un advenedizo en el estudio de los pueblos primitivos: vino apadrinado por el entonces conservador del American Museum of Natural History, Franz Boas, uno de los padres de la antropología moderna; y, en algunos de sus viajes por México, lo acompañó Alex Hrdlicka, uno de los fundadores de la moderna antropología física. Los antropólogos más renombrados de la época comentaron sus trabajos y dieron a Lumholtz fama internacional. En suma, Lumholtz era un antropólogo de primer orden a nivel mundial. Y si bien un buen antropólogo no necesariamente hace a un buen historiador o a un buen analista de asuntos socio-políticos, suele dotarlo de una mirada aguda y sensible para otros temas humanísticos.

Es aquí, quizá, en su altísimo valor como observador de la realidad social, y como un observador que devora miles de kilómetros en su curiosidad científica, donde mejor se puede aquilatar la aportación de Lum-

187 *Ibidem*, vol. II, pp. 466-467.

holtz. La amplitud de datos, descripciones y anécdotas, sumadas a un ojo y a una mano escritora inteligentes y doctos, hacen de *El México Desconocido* una fuente que merece ser releída para los estudios sociales del Porfiriato. Ya es hora de romper el monopolio que la antropología ha tenido sobre esta obra por espacio de casi cien años.